

dos de toseco sayal, sin otro escudo que su fe ni más arma que el Evangelio. De estos fué el varón insigne que anduvo por las partes de la Huasteca mientras los guachichiles peleaban aquí obstinadamente sus encarnizadas peleas: tan sabio era, que á más de su auto del Juicio Final y sus Pláticas y Sermones y Tratados, escritos todos en mejicano, dejó gramáticas y vocabularios de esa lengua y de la totonaca y de la huasteca, y otros muchos libros, para enseñanza y admiración de misioneros, filólogos é historiadores; tan pobre, que cuando murió, no tuvo sino un rosario, algunas cuentas benditas, una disciplina y un cilicio que dejar á sus huéspedes, en señal de agradecimiento; tan sobrio, que no echaba de menos las cosas que el apetito suele naturalmente desear, ni sentía gusto en ellas, porque comía de cualquier cosa que le daban, aun de mal sabor y olor; tan fuerte, que después de llevar á cuestas muchos años fatigosísimos, andando á pie por breñales y barrancas, bajo un clima abrasador y sin género alguno de regalo, no sólo no quiso aceptar el descanso á que le convidaban sus hermanos, cuando le vieron ya viejo y asmático y comido de mosquitos, semejante á un leproso, sino que, haciendo gala aún de su antigua buena complexión y robustez, tornóse á las serranías donde los chichimecas de guerra se habían hecho fuertes, y vino, por la vez postrera, á predicarles, en nombre del Crucificado, la obediencia y la paz.

Ya habréis conocido, señores, que os hablo de fray

Andrés de Olmos, compañero del venerable Zumárraga. El fué quien deparó el rumbo á Juan Torres de Lagunas, que habiéndose internado por estas tierras en persecución de los ladrones y homicidas guachichiles, vagaba perdido con su gente, bajo el peso de crueles padecimientos; y él quien por vez primera obró el prodigio de atraer en torno suyo á estos salvajes, que con no menor admiración que respeto escucharon su palabra y vieron sus virtudes. De presumir es que el asombro y confusión de los naturales corresponderían á su barbarie, oyéndole hablar de religión, misterios, sacramentos y dogmas; pero si esa lección era para ellos por el momento ininteligible y perdida, no así la que les daba con su aspecto, su traje, su dulzura, pureza y desprendimiento, en que por fuerza le comparaban con los avarientos, licenciosos, altivos y férreos conquistadores. ¿Qué mucho que le amaran y que aun de cuarenta leguas fueran á conocerle y oírle?

Fray Toribio de Benavente refiere que hasta 1539 siempre los chichimecas de Michoacán habían vedado la entrada de su tierra á los españoles; en tanto que siempre habían consentido á los frailes menores, haciéndolo de paz y con mucho amor, cautivados seguramente por la jamás gustada miel de la predicación y el abrasante fuego de la caridad. Cuando yo miro á los gusanillos alados precursores de la lluvia, cómo revolotean en torno de la candela que alumbra msi solitarias vigiliás; y paro la atención en sus bruscos

saltos, en su aletear incesante, en su inquieta afición á la crepitante llama que suele despojarlos del nivel de sus alillas y pagarles con hórrida muerte su afán de apurar los ardientes goces de la luz; échome á imaginar qué vuelcos dará el espíritu sumido en tinieblas de ignorancia y barbarie, cuando, viendo flamear de repente la verdad, siente las ansias de columbrar, por lo menos, las infinitas, vagas, maravillosas creaciones que pueblan la región ideal; y me explico fácilmente por qué en la fantástica danza que sobre el empedrado de las calles dibujan los nítidos fulgores de los globos eléctricos, giran turbadamente así los insectos que dormían en lecho de hojas mecido por el blando suspirar de las auras, como las alimañas que escondían su fealdad en las grietas de caserón añoso y destartado (*Grandes aplausos*).

En el nuevo como en el viejo mundo, en los desiertos como en las ciudades, en las serranías como en las sabanas; el Evangelio, luz y verdad, refrigerio, esperanza y deleite á un tiempo mismo, tenía que subyugar á todas las gentes, dulcificar á las feroces é incultas, y reducirlas á la paz, orden y progreso, cual quiera que fuese la lengua que lo anunciara. Por divina providencia, empero, hay que rociar con sangre, y con sangre de víctimas inocentes, mansas y puras, los limenes de las puertas para ahuyentar al ángel exterminador, que en el corazón de los primogénitos moja su vengadora espada. Así por el noroeste, á cuatro leguas de Zacatecas, poco después del año 1556, hincado de rodillas y con el Crucifijo en las manos,

fray Juan de Tapia da toda su sangre á las punzadoras flechas de los guachichiles; así fray Juan Cerrato vierte la suya también en manos de los infieles, entre quienes, viniendo de Jalisco, se metió por desbistar la rudeza de su condición y traerlos al conocimiento de su Criador y al gremio de la Santa Iglesia Católica; así fray Francisco Doncel y fray Pedro de Burgos inundan con el rojo licor de su vida el profundo arroyo de Chamacuero, donde, voraces como tigres, se echan sobre ellos los chichimecas. Volvía el Padre Doncel de Pátzcuaro con fray Pedro, trayendo un Crucifijo que había mandado hacer para la Villa de San Felipe, de cuyo convento era guardián. Viniendo por la seguridad de la Imagen, venían en compañía de soldados; mas como éstos huyeran al punto de embestir los indios, quedaron abandonados é inermes los benditos religiosos. Cual era su obligación en ese apurado trance, dobló el Padre Doncel las rodillas y enarbolando el Santo Cristo, alzó la voz de su predicación. ¡Vano esfuerzo! Afnojadados y abrazados á la sublime enseña, cayeron ambos frailes de muerte, bajo la rabiosa ira de los salvajes, que no contenta con la sangre y con quitarles el hábito para vestírselo y pasearlo en carreras acompañadas de bestiales alaridos, les aserró la cabeza y les arrancó los cascos y se los puso, para hacer alarde y ostentación de su triunfo. Aún se venera en San Felipe la imagen de Jesucristo con el nombre de *Señor de la Conquista*; y aún se llama *Arroyo de los Mártires* la hondura en que estos religiosos perecieron.

Cercano está, á cuatro leguas de Colotlán, el sitio en que fray Luis de Villalobos selló con gloriosa muerte (1582) la doctrina que enseñó á los gentiles; ni dista mucho el lugar en que fray Andrés de la Puebla fué azotado cruelmente y desollado de la cabeza, cejas arriba (1586), mientras afeaba la idolatría y entónaba las alabanzas divinas. Tierra nuestra es la de Charcas, donde sufrió también el martirio fray Juan del Río, hermano del general de este apellido, que hizo la postrera campaña de chichimecas. Un día (1586) que los españoles salieron del pueblo, lo asaltó un escuadrón de indios y robó los ganados. En su persecución salieron los únicos dos soldados que habían quedado de guardia; y á poco los siguió en un caballo el fraile, creyendo que su presencia pondría respeto á los ladrones. Cuando llegó adonde éstos se hallaban, vió que un soldado había muerto y que el otro estaba en riesgo de perecer. Púsose luego á rogar á sus enemigos que se apaciguaran y le oyesen, y no dejó de hablarles, ni aun cuando caía sobre él una lluvia de flechas, que se le hincaban por todo el cuerpo. Razón había para que los verdugos se pasmaran, porque los flechazos no le hacían mella, con ser tantos y certeros; se tenía bien en el caballo y proseguía hablando. Apuntáronle entonces á la cabeza, y á los tres ó cuatro dieron con él en tierra. ¿Cuál pensáis que fué la causa de parecer invulnerable?... Por indagarla corren los bárbaros á registrar el cuerpo; le despojan del hábito, y hallan que un inmenso

cilicio, una malla férrea, sujetaba con agudas púas y rasgaba las carnes del penitente fraile.

Ya lo veis, señores. Si los milites castellanos eran de hierro, también lo eran los soldados de la fe. De colosal estatura unos y otros, se agigantan más, cuanto más de cerca los vemos; como crece la sombra, cuanto más se avecina al foco luminoso el cuerpo que la proyecta. Adonde los primeros ponían el servicio del rey, el engrandecimiento de la patria y su fortuna y su gloria, allí iban. Adonde los segundos sabían que había infieles que convertir, rebeldes que apaciguar, guerras ó disensiones en que mediar, allá volaban; sin que á detenerlos fueran parte lo áspero y malsano de los lugares, ni la ferocidad de los habitantes, ni la falta de provisiones, ni el ignorar el idioma, ni las privaciones y fatigas, ni los tormentos, ni la muerte. De ese limo hace Dios á los grandes; de ese tamaño son los héroes (*Grandes y repetidos aplausos*).

Por tan vulgares como en ese período fueron para el nombre español las descomunales aventuras y el desprecio de los peligros, harto reprochable sería insistir en esos sublimes lugares comunes de nuestra historia; tanto más cuanto que á mí me está mejor que á nuestro cronista Arlegui, hurtar la traza de que cierto escritor se valió, pintando un dedo gigantesco para dar en brevísimo instante la idea de gigantesca estatura. Cuantos frailes tributaron su sangre á Dios por la conversión de los chichimecas, todos son igualmente acreedores, no digamos al homenaje fugaz, en

esta ocasión humildísimo, de la tribuna, pero á la sempiterna oblada de mil y mil corazones agradecidos; y si imposible es nombrarlos á todos, sea, por lo menos, el recuerdo de algunos índice colosal que revele su sobrehumana grandeza.

Reo de gravísima injusticia parecería, sin embargo, quien hablando de los religiosos que en aras de la caridad murieron, torturados por manos extrañas, dejara en silencio á los que se sacrificaron por sí mismos, encendiendo en su pecho una inmensa hoguera, á la cual con inefable decisión arrojaron hacienda, deleites, poder, ciencia, todos los ricos anhelos de la juventud, todas las fanstosas galas del mundo.

Acompañando á su tío el primer virrey, llegó á Méjico Jerónimo de Mendoza, del ilustre solar de los duques del Infantado. Sabiendo que era joven y altivo, no extrañaréis que haya sido licenciado é indevoto de frailes, ni que llenara con sus escándalos la ciudad y el palacio de cuyas guardias fué capitán. Pero cierto estoy de que os sorprenderá no poco verle después marehar con las desnudas plantas desgarradas por los abrojos, vestido de cilicio bajo el burdo sayal franciscano, al descubrimiento de Zacatecas, en compañía de Juan de Tolosa. Ni dudo que vuestra sorpresa llegará al pasmo, si le seguís á tierra de chichimecas, por cuyos páramos y rancherías, alimentándose sólo de frutas silvestres, atormentado constantemente del sol, hambre, cansancio, temores y sustos, va buscando á los indios, para dejar caer en sus oídos la eficacia y dulzores de la divina palabra.

¿Qué admiráis en el gran navegante cuyo dichoso descubrimiento se aprestan á celebrar uno y otro hemisferio? ¿Su saber? ¿su valor? ¿su audacia? Con haber tenido todas esas prendas en grado heroico; no son ellas seguramente lo que en él os cautiva, sino su fe, su maravillosa fe que le mantuvo erguido y firme, en medio de obstáculos sin cuento, batido por decepciones, burlas y contrariedades de todas suertes, y le sacó ileso de maquinaciones y riesgos hasta ponerle á salvo en la soñada tierra. Pues de esa fe, que hizo al inspirado marino triunfar de sus enemigos y opositores y de las misteriosas turbulencias del Océano, se hallan también ejemplares en estas partes, que no por andar perdidos en humilde crónica de provincia, deben parecer indignos de estima: así, en la obscuridad, brilla mejor el diamante. Cuando el inmortal genovés entraba al servicio de España, acababa de tomar en Salamanca el hábito franciscano (1483) un niño de tan precoz entendimiento, que á los trece años estaba ya graduado en filosofía. Aplicado, á los diez y seis, al estudio de la teología, hizo tales progresos en esta ciencia y en las lenguas de griegos y hebreos, que, con no poco crédito de la Orden, ocupó largos años la cátedra de su convento, donde, según se sabe, halló Colón más docilidad y mejor acogida que entre los orgullosos profesores de la celebrada Universidad. De Guatemala, adonde vino el docto maestro por 1539, para ocuparse en doctrinar á los in-

dios bozales, pasó á Méjico, llamado á servir de consultor de los individuos del Santo Oficio (1571). Blancaqueaba ya entonces en su cabeza la nieve de cien inviernos; pero, como los volcanes que ostentan alba corona para esconder la fragua donde se forjan ardorosos rayos, así el centenario venerable padre. Apenas se detiene en la corte virreinal; como dardo encendido parte luego á Michoacán, Zacatecas y Durango, cuyos moradores recogen las postrimerias del filósofo, teólogo, humanista y predicador excelso que se llamó fray Diego Ordóñez, y que, á los ciento diez y siete años de edad, sentado en una silla por no poderse ya tener en pié, muere en Sombretete, predicando á los bárbaros, . . . ¡él, que había sido gala del convento salmantino y oráculo venerado de teólogos é inquisidores! . . . (Aplausos).

De varón como éste, que desde niño se acogió al claustro para vivir una vida santa, casta y pura; que encañeció en la ciencia, y cantando las glorias divinas acabó sus días como el cisne; nadie osará profanar la memoria, pensando siquiera que á la religiosa clausura y á la evangelización de los indios le llevaron remordimientos ó desengaños, de esos que por ventura arrojan sus víctimas á la orilla, como la borrasca los pedazos de maltrecho bajel. Si penitentes desengañados buscarais, hallaríais un hermoso tipo en el hermano Cintos, cual cariñosamente llamaban los indios á fray Jacinto de San Francisco. Después de pelear y rendir con el gran Cortés el imperio de Motecuhzo-

ma, retiróse á gozar de las encomiendas que le cupieron en el reparto, acumulando riquezas con el sudor y fatigas de muchísimos esclavos y tributarios. Algunos de éstos fueron un día cautivados de los salvajes, que, en oblación á sus dioses, determinaron sacrificarlos. Sabedor de ello don Jacinto, vuela á socorrerlos, armado cual en sus días mejores; mas con tan mala fortuna pelea que, á pesar de su denuedo, le vencen los enemigos, obligándole á huir en vertiginosa carrera, en que le apedrean y golpean de tal suerte, que sólo pudo escapar por milagro. Como en semejantes lances acaece á los engreídos con su ventura, pónese el fiero conquistador á revolver en su imaginación los múltiples azares de su vida; y considerando los grandes peligros que había corrido, las inspiraciones que había recibido del cielo y lo instable y vano de mundanales favores; súbitamente, como fray Diego de Olarte, se desciñe la espada, echa de sí la brillante coraza, vístese el humilde sayo de Francisco de Asís, y viene á redimir con áspera penitencia sus culpas, y á librar, con su dulzura y caridad en la conversión de los chichimecas, mejores y más gloriosas batallas que las que ganó con el hierro en la conquista de Méjico.

No es raro esto de ver en nuestros antiguos anales trocada la armadura por la cogulla; como tampoco lo es ver convertidos en predicadores á los soldados, y en generosos y desprendidos á los que se tenía por avarientos y ruines. Mas, á enumerar todas las gran-

dezas que al carácter español distinguieron, habríamos menester, vosotros, de infatigables oídos para escucharlas, y yo, de lengua de bronce para contarlas; como en estos instantes las cuenta la regocijada campana que llama á los maitines de San Luis rey.

III

Coreado por las infinitas voces del órgano, David entona sus versículos inspirados, que van difundíendose por la ancha nave, en agitado y constante oleaje, cual esfumaciones de oro sobre un fondo de alba y nítida gasa. Loores dignos ¡los únicos! del varón justo son esos melódicos acordes del salterio, en que percibís claramente unas voces susurrantes como la brisa en el pinar sombrío; otras que roncan recíamente remedando rezos; estas que silban y se apagan bruscas como la racha; aquellas que modulan el tintín sonoro de campanillas argentinas; esas que caen secamente como monótono golpear de gruesas gotas de agua; esas otras que aturden y vibran, cual si fuesen emitidas por cien trompetas de guerra. . . . Es que evocan juntamente con las cohortes de conquistadores, á las numerosas tribus vencidas, á los virreyes y sus tenientes de justicia, á los ricos hombres, á los caciques, á los caudillos famosos, á las comunidades de monjes y á sus cronistas, á los míseros tributarios y á los agobiados esclavos.

Para verlos surgir á todos de su ignorado sepulcro, arrasad, si os place, vuestras fábricas orgullosas; allanad el dilatado campo que ocupan, y amontonad los escombros en el sitio en que se enarboló la primera Cruz. Ved cómo llegan por diversos rumbos los religiosos franciscos, trayendo á los indios que vienen de paz. Aquí acampan los soldados, junto á las casas que van edificando á toda prisa los mineros del Cerro de San Pedro. Por acá saldrán en casi no interrumpido cordón las conductas de platas. Por este viento ha de venir de Zacatecas don Juan de Oñate, con lucida comitiva, á prestar ante Pedro de Vergara juramento de servir al rey en el oficio de Alcalde Mayor y á trazar las calles y á repartir los solares. Allá se divisa el humilde campanario de la capilla, en torno de la cual se agrupan los colonos tlaxcaltecas; y no lejos se alzan las rústicas chozas de los guachichiles de Santiago.

La ancha llanura aparece pintorescamente bordada. Pardos hábitos dan aquí el tono obscuro á las brillantes armaduras. Fardos y cabalgaduras matizan los huecos que dejan las empezadas casas y las tiendas en que flamean gloriosos estandartes; y más allá, y á esta banda, y á aquella, hasta donde alcanza la vista, desperdigados en el mezquital, ó bajo las palmas, ó sobre los riscos, los *cabezas rojas* se dejan ver, atezado el cuerpo, la mirada fiera, soberbios aún y espantables.

Un pobre lego, fray Diego de la Magdalena, va de unos á otros, de indios á blancos, de soldados y mi-

neros á frailes. Llamadle; bacedle subir al inmenso pedestal que habéis erigido con los altivos edificios de tres siglos; para que su figura se grave mejor en vuestra memoria, y su voz halle más generoso eco en el corazón de las gentes y de las edades futuras. ¡Allí, junto á la Sagrada Enseña que él primero que nadie plantó! Acaso venciendo su humildad, os refiera que cuando los guachichiles infestaban los caminos y es parecían por doquiera las sangrientas nuevas de su barbarie, se vino á vivir entre ellos. Aún puede mostraros en su cuerpo las señas de los tormentos que padeció: le vapularon muchas veces, le abofetearon innumerables, le apedrearón otras muchas, y no pocas intentaron matarle. Están desgarrados sus pies por las correrías de veinte años, que de rancho en rancho, por Charcas, el Venado, Salinas, San Miguel Mexquitic, San Luis Potosí, Santa María del Río, Armadillo, San Luis de la Paz y Xichú, anduvo predicando la gloria y nombre de Dios. Que os cuente, cómo á fuerza de trato cariñoso, de inalterable paciencia, de paternales sollicitudes, alcanzó, siquiera muy poco á poco, que aquellas fieras depusiesen el odio que le tenían y que le fuesen cobrando amor. Digaos de qué manera logró, al fin, que se congregaran en algunos sitios, y que en este, que es uno de ellos, prelados y virrey determinaran fundar Doctrina. Que sólo él puede menudamente y con absoluta certeza referiros todo eso, y nombraros al indio que le descubrió la primera mina del Potosí para comunicarlo á Caldera; así como hablar de cuantos pasos

dió para llevar á los jefes guachichiles á Méjico á que ajustaran el tratado de paz. En suma, de su boca oiréis la historia cabal y circunstanciada de la fundación de esta ciudad; porque á la par que apóstol, fué mediador y padre de la nación guachichila.

Mas ¡ah! la calavera que tiene en la diestra mano, y con la cual anduvo constantemente los pocos años que sobrevivió al de 1592, bastante os dan á entender que así como guardó su corazón cerrado á las vanidades mundanas, así mantendrá sellado el labio al relato de sus grandezas. En balde, á querer celebrarlas hoy, os habriais vestido de gala y desplegado inusitada pompa en el ornato de vuestras calles y vuestras plazas; en balde habriais echado á vuelo todas las campanas de vuestros templos, y atronado el espacio con el ronco estampido de los cañones. A este fraile de la calavera, que vivió siempre humilde, ignorado, pobre, le están mejor la obscuridad y el silencio. Ni ha menester tampoco de mármoles ó broncees que representen su figura y perpetúen sus hazañas; porque en vosotros, en vosotros, tiene monumento vivo y preciado, como hijos que sois del verbo luminoso que salió de sus labios, y que repercute aún en esos montes de plata! (El orador baja de la tribuna, saludado por entusiastas, unánimes y prolongados aplausos).

... para lavar a los jales guachichiles a México a que
ajustaran el trabajo de paz. En unos de su boca or-
tiza la historia cabal y circunstanciada de la vida
de este pueblo; porque a la vez que apretaba los
medios y parte de la nación guachichila.
Mas así la calavera que vive en la tierra mano
y con la cual andaba constantemente los pocos años
que sobrevivió al día 1892, durante el día a entender
que así como cuando se oírse en el campo a las tardes
des mundanas, se mantendrá salido el labio al re-
lato de sus tradiciones. En dicho a parte celebradas
hoy, se habrán visto de gala y resplandor en un
lugar como en el ornato de nuestras calles y plazas
plaza; en dicho habrán visto a unio todas las
compañías de nuestros templos, y alrededor el espacio
con el trazo estendido de los colores. A este punto
de la calavera, que vivió siempre humilde, ignorada,
pobre, lo está mejor la obscuridad y el silencio. Ni
de cesar tampoco de trabajar a fuerza de
representar su figura y registrar sus hechos; por
que se veían en los libros, hace momentos vivo
y presente, como hijos de los días luminosos
que salía de sus labios, y que representó aún en este
monte de gloria. (Aunque con la tribu
salidos por estancias, ranchos y haciendas que
...)



